

Se dió una caza, una caza funesta, hace tiempo, en los bosques de Cheviot.

El conde Percy se puso en camino para perseguir al gamo con la jauría y la trompa. El valeroso Conde de Northumberland hizo voto ante Dios de que se divertiría durante tres días de verano en los bosques de Escocia, y que mataría los mejores ciervos que hubiese en las negras bandas de Cheviot, y se los llevaría.

La noticia llegó á oídos del conde Douglás en Escocia, donde habitaba; y envió á decir al conde Percy que estorbaría sus alegres proyectos. El inglés, despreciando el aviso, marchó al bosque con mil quinientos arqueros escogidos, que en caso necesario sabían dirigir las flechas al objeto más distante.

Los generosos lebreles siguieron con ímpetu las huellas del ciervo selvático. Se principió la caza el lunes, antes de amanecer, y mucho antes de mediodía habían ya matado cien soberbios gamos...

El conde Douglás, sobre un caballo blanco como la leche, se adelantaba á su comitiva á fuerza de barón intrépido; su armadura resplandecía cual si fuese de oro.

—Decidme,—preguntó,—de qué gente sois, vosotros que cazáis aquí con tal descanso, y sin mi licencia perseguís y matáis á mi gamo favorito.

El primero en contestarle fué el noble Percy.

—No queremos, ni declararnos, ni decirte de qué gente somos; pero estamos prontos á derramar nuestra sangre más cara á trueque de matar tus mejores gamos.

Douglás, entonces, profirió un juramento solemne, y lleno de cólera exclamó:

—Antes de que yo sea insultado de semejante mo-

do, uno de los dos perecerá. Te conozco bien. Eres conde, lord Percy; yo también soy conde...

Los dos valientes condes se encontraron al cabo, como dos capitanes de gran poder; se atacaron como dos leones en el fondo de las selvas, y se dieron cruel batalla.

Combatieron con sus espadas de acero templado, hasta que nadaron en sudor, hasta que sintieron su sangre caer como gotas de lluvia.

—Ríndete, lord Percy,—gritó Douglás.—Te conduciré bajo mi palabra; y Jacobo, nuestro Rey, te hará avanzar rápidamente. Yo perdonaré generosamente tu rescate, y diré de ti que eres el más valeroso caballero que he visto.

—No, Douglás,—respondió Percy,—desprecio tus ofertas. No quiero rendirme á ningún escocés de los nacidos hasta hoy.

Á estas palabras, un dardo agudo, partido de un arco inglés, abrió en el corazón de Douglás una profunda y mortal herida, y el Conde no profirió más que estas palabras:

—¡Seguid combatiendo, nobles vasallos míos! Lord Percy no me ve caer sino porque el término de mi vida ha llegado.

Y espiró.

Percy tomó la mano del muerto, y dijo:

—Conde Douglás: quisiera haber perdido mis dominios y que estuvieses aún lleno de vida. ¡Oh, terror! Mi corazón se desgarró al verte tendido en la yerba; porque de seguro la desdicha no ha abrumado á caballero de mayor fama⁽¹⁾.

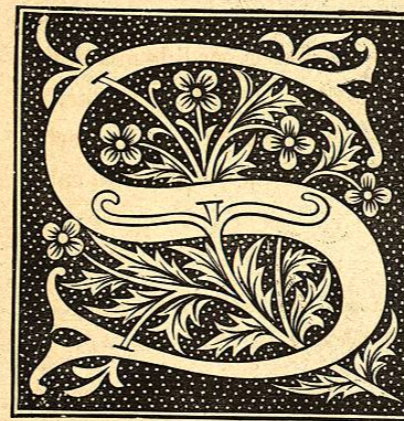
(1) A su tiempo y sazón daremos noticias del *Libro del Rey Modus*, y de Gastón de Phoebus, Conde de Foix.



CAPITULO XIII

BOSQUEJO HISTÓRICO DE LA CAZA EN ESPAÑA HASTA EL SIGLO XVI

I



OMEROS debemos ser, por falta de espacio, en esta rápida reseña de la *Historia de la caza en España*.

Al leer la historia, llena de palpitantes páginas, de guerras, aventuras,

torneos, amores y caza, aparecen con todos sus colores y caracteres aquellas razas que, siglo tras siglo, luchando con los árabes, poblaron el mundo de héroes.

Nada más grato para nosotros, si lo permitiera la índole de la obra, que narrar, reinado tras reinado, las crónicas venatorias en que pasaron sus ociosos reyes y vasallos. ¡Cuántos hechos importantes se desarrollaron en el seno de aquellos castillos feudales y cortes características! ¡Cuántos asesinatos y muertes acacieron en las jornadas de caza!

La enumeración de hechos cronológicos venatorios, sobre ser monótona y pesada, es casi de todo punto imposible por falta de datos.

Casi todos los procedimientos legados de siglo en siglo hállanse á maravilla recordados por Argote de

Molina, que escribió en el siglo XVI, y cuyas principales páginas trascribimos en esta enciclopedia de caza.

Los señores y magnates, fuertes en sus amurallados castillos, fabricados, por lo común, en las breñas y asperezas del monte; las turbulencias de la guerra y las emociones de la caza; eran los únicos esparcimientos que accidentaban algo la triste sucesión de los días.

Las damas, sepultadas casi en perpetua soledad, bajo las bóvedas de los sombríos edificios solariegos, y palpitantes de ansiedad é incertidumbre cuando sus padres, sus esposos, sus hijos y sus hermanos salían á combatir, bien con los moros, ó ya con algún rival poderoso que hubiese atentado á sus fueros, á sus propiedades ó sus derechos, acogían con indecible regocijo los preparativos que se hacían en tiempo de paz para correr el monte, ó para organizar alguna lucida cabalgada de cetrería. Cuando se trataba de montar reses mayores, reuníase á las puertas del castillo de donde partía la comitiva una multitud de villanos, provistos de caracoles y otros ruidosos instrumentos; y seguidos de los perros corrían en pos de sus señores á auxiliarles en los trances y situaciones de la batida, que presenciaban las damas desde andamios entoldados con ramas y adornados con rústico artificio.

«Solían algunas espectadoras, — dice Lafuente, — sentirse poseídas de varonil espíritu; y, bajando apresuradas de sus tablados, disparaban flechas con certera puntería, ó remataban con el cuchillo ó con el vena-

blo al jabali ó al gamo revuelto en porfiada lucha con los lebreles.»

Pero la caza de cetrería era en la edad media el divertimento reservado para las damas, realizándose



Favila en los montes de Asturias, por J. L. Pellicer

con entera comodidad y con incesante algazara y regocijo.

Dejemos á dicho historiador pintar el cuadro con los brillantes colores de su paleta:

«Encomendábase á cada aficionada un azor ó un neblí, un borní ó un gerifalte; poníanse las parejas en línea, y montadas á caballo entraban explorando el monte con paso tranquilo, y lanzaban las aves de caza á medida que levantaban su vuelo las campestres. Allí comenzaba el interés, y se detenía la comitiva viendo

como el pájaro de rapiña perseguía á su enemigo, y como el perseguido giraba y se valía de astucia en la región del aire para esquivar la muerte. La satisfacción y la vanidad debían halagar el ánimo de los caballeros cuando los dóciles pájaros, convertidos en fieles ejecutores de sus deseos, regresaban á deponer el tributo de su agilidad y de su fiereza entre las manos de alguna linda castellana. La caza proporcionaba, en estos tiempos, medios de comunicación y de familiaridad. Durante ella disipábanse muchos rencores, podían acallarse